

En 1780, 2,058 buques mercantes holandeses habían visitado el Báltico, y en 1781 figuraron solamente nueve en el registro. En esta situación solicitó el gobierno holandés la mediación del emperador de Rusia, el cual se mostró dispuesto a aceptarla.

En Inglaterra inclinóse también la opinión pública a la paz, ya por el resultado negativo de la guerra, ya por el aumento de los impuestos, aumento que desde el año 1775 importaba cerca de 114 millones de pesetas. La guerra había causado un gasto total de 1,725 millones de pesetas. Verdad es que la Inglaterra había obtenido notables victorias en ambas Indias, había defendido brillantemente a Gibraltar durante muchos años contra los ataques de los españoles, y en 5 de agosto de 1781 había ganado sobre la escuadra holandesa una indudable victoria; pero el comercio y el tesoro gemían igualmente bajo la presión de las circunstancias creadas por la guerra, de la cual ninguna potencia beligerante europea había sacado ventajas que hubiesen podido compensar, siquiera en parte, los colosales esfuerzos hechos.

Francia también parecía haber agotado sus fuerzas; su comercio extranjero estaba aniquilado y solo con gran trabajo podía el tesoro sufragar los gastos de la guerra y la subvención de los americanos. El gobierno de España estaba igualmente desengañado, porque de todas las esperanzas que había concebido con motivo de esta guerra, ninguna se había cumplido.

El parlamento inglés, en 4 de marzo de 1782, declaró enemigo del país a todo el que apoyara la continuación de la guerra. El 20 del mismo mes salió lord North del ministerio y Rockingham ocupó su puesto; y a su muerte, que ocurrió el 1.º de julio, fué encargado de la cartera de las colonias Shelburne. El nuevo ministro declaró en el parlamento que Inglaterra debía conformarse con la pérdida de los Estados Unidos, y en seguida entró en negociaciones con el congreso por medio de sus representantes, estipulando como base que Su Majestad Británica reconocía los Estados Unidos como república soberana, libre é independiente, y que renunciaba á sus derechos soberanos, territoriales, de gobierno, y á sus propiedades.

Entretanto, si bien descansaban las armas en América, continuaba la guerra entre Inglaterra y las potencias europeas enemigas. En 3 de setiembre de 1783 se firmó en París el tratado de paz definitivo entre los Estados Unidos é Inglaterra. En 25 de noviembre los ingleses evacuaron á Nueva York, y en 23 de diciembre dimitió Washington su cargo de general en jefe en sesión solemne del congreso, poniendo su nombramiento en manos del presidente y terminando su discurso, escuchado con religioso silencio por todos los presentes, con estas palabras: «Concluida está la misión que se me confió: por esto abandono la escena pública; me despido cordialmente del ilustre congreso al cual hasta hoy he servido; dimito mi cargo y me retiro para siempre de la vida pública.» Mas adelante presentó exactísima cuenta de sus gastos personales durante su mando, cuya devolución pidió, renunciando á todo sueldo y gratificación. Estos gastos subieron á 14,479 libras, 8 chelines y 9 peniques (361,985'95 pesetas aproximadamente).

Toda esta larga guerra ofrece, bien mirado, un aspecto mezquino á la par que tético. Batallas grandes y notables apenas las hubo, todo se redujo á combates y escaramuzas de guerrilla; no se destaca tampoco figura alguna heroica, ni siquiera de cualidades extraordinarias, si prescindimos de las frases pomposas de los historiadores y demás escritores americanos. Hasta el patriotismo americano se había ido reduciendo sucesivamente, tanto que al fin de la guerra amenazaba continuamente con extinguirse. La guerra se acabó por

fortuna de los Estados Unidos á su favor por el cansancio de las demás naciones beligerantes. El gran número de realistas, es decir, de partidarios de la corona de Inglaterra, sobre todo en el Sur, hizo que la lucha tomara un carácter de guerra civil. El gobierno inglés indemnizó á muchísimos de estos sus defensores americanos, de cuyo número podemos formar una idea sabiendo que esta atención costó á Inglaterra ochenta millones de pesetas, sin contar las pensiones vitalicias que pagó á otros muchos; de modo que bien puede decirse que los que habían luchado por la causa de la tiranía salieron mejor recompensados que los que habían luchado y sufrido por la causa de la patria. Háse calculado que murieron en esta guerra, entre todos los ejércitos puestos sobre las armas por los americanos, muy cerca de 70,000 hombres. No ha podido calcularse, ni aproximadamente, el número de los infelices prisioneros que murieron en los pontones ingleses; pero se dice que solo en el ponton de Jersey sucumbieron 11,000 americanos á consecuencia de los malos tratamientos y de la acumulación de excesivo número de individuos en espacios bajos, angostos y mal ventilados.

Haciéndonos cargo de las circunstancias y de las dificultades de la situación en que nació y luchó el congreso, no podemos menos de conocer que este en ningún momento se mostró á la altura de su misión; ni supo ser enérgico en tiempo oportuno ni generoso ni agradecido con los que expusieron su vida en las batallas y soportaron fatigas y privaciones sin cuento. El gran obstáculo con que tuvo que luchar el congreso fué el temor mezquino de los gobiernos particulares de los diferentes Estados á crear un poder militar que luego pudiera transformarse en despótico. El abandono en que se dejó al ejército fué verdaderamente vergonzoso, y de ahí los muchos motines y conspiraciones contra Washington, cuyo autor secreto se decía que era el general americano Conway, originario de Irlanda. También se formó una conspiración contra el eminente general Greene, mas por fortuna suya fué descubierta á tiempo.

Háse dicho muchas veces que Washington fué excitado á proclamarse rey de los Estados Unidos; pero lo único que se ha podido sacar en claro respecto de este punto es lo que dijo á Washington en una carta particular Nicola, coronel del regimiento de inválidos:

«Hay personas que confunden la monarquía con la tiranía, por eso convengo en que se dé al jefe de una constitución como yo la propongo un título en apariencia más modesto; pero cuando todo esté bien arreglado opino que motivos poderosos podrán aconsejar conceder al jefe el título de rey, que á mi modo de ver procuraría ventajas materiales.» A esta insinuación contestó Washington en una carta fechada en 22 de mayo de 1782 en el cuartel general de Newburg, en la cual, despues de lamentarse de la posición aflictiva de los oficiales, dijo al final: «Si no me engaño, no pueden repugnar semejantes intenciones á nadie mas que á mí. Nadie tampoco desea mas sinceramente que yo que se haga justicia completa al ejército. Por mi parte no desperdiciaré ocasión alguna de trabajar en su favor con todas mis fuerzas é influencia dentro del terreno constitucional. Por esto conjuro á V. por el amor que tiene á su país, por el respeto que le inspira el juicio de la posteridad, y por el que tiene á mi persona, que renuncie á semejante idea y no la comunique á nadie, sea quien quiera.»

Hubo en esta guerra perseverancia heroica en soportar privaciones y fatigas, marchas y contramarchas sin fin, pero acciones de valor en los combates hubo muy pocas. Las milicias, en diversas ocasiones, arrojaron las armas para huir mas ligeras, aunque Bancroft, el historiador americano, dice en su obra, al hablar de una acción en que no llegaron los

muerdos y heridos á doscientos: «Su sangre enrojeció el campo de batalla.»

Cuando hacia el fin de la guerra el congreso manifestó su intención de disminuir el ejército, no hubo dinero para pagar los sueldos atrasados, y los oficiales del campamento de Newburg enviaron al congreso una exposición que decía al final: «Seríamos criminales si ocultáramos el descontento general que reina en el ejército, descontento que se va extendiendo y es el resultado de siete años de injusticia y de opresión, que han reducido á las tropas á un estado lamentable. Por lo mismo suplicamos al congreso que demuestre al ejército y al mundo que la independencia de América no se ha cimentado sobre la ruina de toda una clase de sus ciudadanos.» El congreso determinó que cada Estado fijara y pagara de su caja particular los sueldos devengados á los individuos enganchados por cada uno. Esto produjo una irritación tan justa como amenazadora, y Washington no pudo apaciguarla sino redactando una carta muy enérgica al congreso. Este al fin determinó pagar de una vez á cada individuo licenciado, cualquiera que fuese su categoría, cinco años enteros de sueldo en metálico ó en papel-moneda equivalente, segun el curso del papel, que había ido bajando hasta tener que dar, en 1.º de mayo de 1781, por un peso de plata por lo menos doscientos en papel. En Pensilvania se pronunció no obstante la fuerza armada; 300 soldados formaron con bayoneta calada delante del edificio en que el congreso celebraba sus sesiones, ocuparon las salidas de la sala y dieron á la asamblea veinte minutos de tiempo para satisfacer sus reclamaciones. Los sublevados fueron contentados y la sedición terminó sin derramamiento de sangre. El ministro de Hacienda, Morris, escribió un día á Washington: «Apenas pasa día en que no me den ganas de dimitir mi empleo, cuyo peso acabará por matarme.» El ejército fué licenciado gradualmente y con todas las precauciones debidas para no dar lugar á desórdenes.

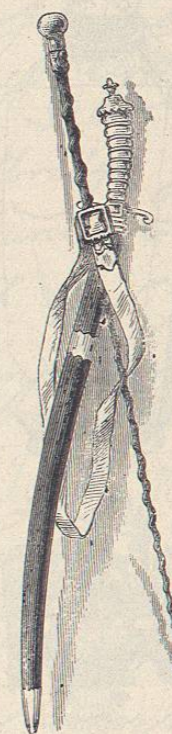
Antes de separarse los oficiales, reunióse un gran número de ellos en el cuartel general de Steuben, donde fundaron una sociedad patriótica cuyos miembros se obligaron á mantener incólume la unión de los Estados, el honor nacional y á tratarse mutuamente como hermanos. Como distintivo resolvieron llevar la venera que representa el grabado de la pág. 88, insignia de la llamada «órden militar de Cincinnati», única creada en los Estados Unidos. Esta sociedad ú órden militar despertó muchos recelos; las asambleas legislativas de Massachusetts y de otros Estados se opusieron á ella, temiendo que pudiera dar lugar con el tiempo á una casta aristocrática, pues que la dignidad de miembro era hereditaria, y el magistrado Burke, de la Carolina del Sur, escribió un folleto en contra. Washington supo contentar á todo el mundo, eliminando y modificando los artículos de los estatutos de la sociedad que habían despertado mas recelos.

Antes de retirarse á la vida privada, dirigió Washington á todos los gobernadores de los Estados Unidos una circular en que les recomendó los cuatro principios siguientes como bases de la prosperidad venidera del país:

- 1.º La unión indisoluble de los Estados bajo un jefe de toda la Unión, que con el asentimiento franco y explícito de todos ellos ejerciese las prerogativas que la constitución le concediera.
- 2.º Respeto sagrado de todas las obligaciones contraídas por el congreso, pago de las deudas y cumplimiento de los contratos celebrados para las atenciones de la guerra.
- 3.º Organización de las milicias en cada Estado con arreglo á un plan general y comun, para hacer de ellas un instrumento útil; «porque, dijo, las milicias han de ser el paladion de nuestra seguridad.»

4.º Buena voluntad para hacerse los diferentes Estados concesiones mútuas, olvidando preocupaciones políticas y locales y sacrificando intereses personales al bien del comun.

Entre los héroes de la guerra de la independencia de los Estados Unidos ocupa un lugar distinguido el baron de Steuben, á quien los historiadores americanos no tratan como se merece por haber sido de nacionalidad alemana. Había nacido en 1730 y hecho con gran distinción toda la guerra de siete años en el ejército de Federico II. Despues había servido á varios soberanillos alemanes y, finalmente, en un viaje que hizo á Paris se dejó persuadir para pasar á América y alistarse en el ejército americano, renunciando á toda paga y gratificación si las colonias eran vencidas, pero esperando, en caso de salir vencedoras, ser recompensado segun su mérito. Este consistió principalmente en sus trabajos de organización é instrucción del ejército, como ya hemos di-

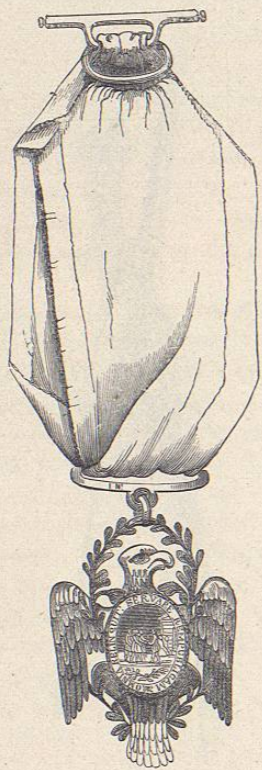


Espada y baston de mando de Washington

cho, á pesar de que jamás aprendió á hablar siquiera medianamente el inglés. Era uno de aquellos instructores nimios al estilo prusiano que prestan excelentes servicios aun fuera de su país si, como Steuben, saben modificar y adaptar su sistema á las circunstancias en que se encuentran. Una brillante prueba del fruto de sus esfuerzos se vió cuando en la batalla de Monmouth, en 28 de junio de 1778, Steuben hizo detener á las tropas en plena retirada y las condujo otra vez contra el enemigo. A consecuencia de esta retirada fué juzgado el general Lee por un consejo de guerra y Washington nombró á Steuben en su lugar; pero los jefes americanos no quisieron recibir órdenes de un alemán, y entonces el congreso, para no perder un oficial tan útil, le encargó la redacción de un reglamento general ó libro de ordenanza para el ejército americano, encargo que cumplió luego á satisfacción de todos. Mas adelante solicitó el ministerio de la Guerra, y como no se le concediera por ser extranjero y alemán, presentó en 24 de marzo de 1784 su dimisión al congreso, el cual la aceptó en 15 de abril dando á Steuben un voto de gracias por los muchos méritos y celo, patentizados en el ejercicio de sus diferentes cargos, y regalándole una espada con puño de oro. Los Estados de Virginia, New-Jer-

sey, Pensilvania y Nueva York le regalaron grandes extensiones de terreno. Steuben murió en 25 de noviembre de 1794.

Hecha la paz, Franklin, en una carta dirigida á Carlos Thomson, manifestó su opinion en los términos siguientes: «Ya tenemos realizada, gracias á Dios, la grande y osada empresa de la cual no esperaba ver el fin. Algunos años de paz bien aprovechados vigorizarán y aumentarán nuestras fuerzas; pero nuestra prosperidad futura dependerá de nuestra union y de nuestras virtudes cívicas. Durante mucho tiempo espiará Inglaterra la ocasion de recuperar lo que ha perdido, y si no convencemos al mundo de que somos un pueblo que en todos los asuntos internacionales merece entera confianza, si nos mostramos morosos en el pago de nuestras deudas é ingratos con aquellos que nos han auxiliado,



Distintivo de la órden americana de Cincinato

perderemos nuestra fama y la fuerza que de ella podemos sacar, y entonces sufriremos nuevos ataques que tendrán mejor éxito que los pasados.»

Otro autor americano, el imparcial Breck, dice en sus *Recuerdos (Recollections)* que la ley era letra muerta en América; todos los Estados estaban igualmente arruinados y eran igualmente insolventes; la desunion reinaba desde el Maine hasta la Georgia, y la anarquía y la confusion iban haciéndose generales.

El efecto que produjo en el rey de Inglaterra el reconocimiento de la independencia de los Estados Unidos nos ha sido referido por un testigo ocular, Watson (1), que asistió á la lectura del discurso de la corona en la sesion parlamentaria del 5 de diciembre de 1782. Despues de algunas observaciones generales y de costumbre, leyó el rey: «Me he apresurado, sin pérdida de tiempo, á dar las órdenes oportunas para impedir la continuacion de la guerra ofensiva en el continente americano. Rigiéndome siempre y con toda decision por lo que me parece ser el deseo de mi parlamento y de mi pueblo, y dispuesto constantemente á cumplir con sus

(1) En su obra: *Men and times of the Revolution.*

deseos, he hecho cuanto he podido, tanto en Europa como en América, para llegar á una reconciliacion completa y cordial con las colonias. Para alcanzar este objeto no he titubeado en emplear todo el poder de que dispongo, y estoy dispuesto á declarar que...» Aquí la agitacion, la oscuridad de la sala ó la impresion natural de una declaracion tan solemne le hicieron interrumpir el discurso, pero luego cobrando aliento, continuó: «Las reconozco como Estados libres é independientes. Al consentir en su separacion de la corona de estos reinos, sacrifico todo interés personal á la opinion y al deseo de mi pueblo. Suplico humilde y fervientemente á Dios Todopoderoso que libre á la Gran Bretaña de los males que puede entrañar la separacion de una parte tan grande del territorio, y que libre tambien á América de las desgracias que en otro tiempo han probado á la madre patria cuán esencial es la monarquía para disfrutar una libertad constitucional. ¡Que la religion, el idioma, los intereses y las simpatías sean, como lo espero, prenda de una concordia duradera entre los dos países!...»

CAPITULO II

LOS ESTADOS UNIDOS Y SU CONSTITUCION

La declaracion de independencia de 4 de julio de 1776 presentaba las trece colonias reunidas en un solo Estado sin mas base legal que el deseo del pueblo americano de efectuar su separacion de la madre patria. La guerra que sobrevino no dió lugar á decidir ni aun á examinar todas las cuestiones de derecho que iban envueltas en la creacion de esta nueva colectividad política, que fué admitida con más ó menos espontaneidad por todas las partes interesadas como un hecho positivo, si bien revolucionario. Los políticos americanos evitaron prudentemente profundizar la legitimidad y utilidad de esta confederacion, porque otras cosas urgian mas; pero no por esto dejaron muchos de calcular las consecuencias múltiples y graves á que habia de dar origen. Una de las cuestiones interiores que entrañaba la trasformacion, y que pedia con más urgencia ser resuelta, era la representacion nacional. Lo mas racional habria sido fijar el número de diputados por el de los habitantes libres; pero esto tenia el gran inconveniente de que las colonias mas pobladas habrian tenido mas representantes y de consiguiente mas influencia en el congreso que las colonias pequeñas ó de escasa poblacion blanca. «Ya no hay virginios ni pensilvanos, ni ciudadanos de Nueva York ni de la Nueva Inglaterra; todos somos americanos,» dijo el delegado virginio Patricio Henry en la discusion que hubo sobre este punto; pero otro delegado le contestó: «Las colonias pequeñas juegan, como las grandes, el todo por el todo.» Y esta idea prevaleció, ya para no suscitar inútilmente dificultades, ya porque, á falta de censo, ofrecia la manera mas sencilla de llegar á una representacion nacional que respetara los hechos y las preocupaciones de la gran mayoría de los hombres políticos eminentes. Otra cuestion delicada, y no menos urgente, era la de las atribuciones latas que el congreso necesitaba para funcionar como gobierno central, y estas solo se le podian conceder á costa de la soberanía de los diferentes Estados, y si en el articulado del pacto federal se decia que «cada Estado conservaba su soberanía,» no dejaba de ser esto una ilusion. Tambien hubo delegados que pretendieron para sus Estados derechos que estos jamás habian tenido; pero sea como quiera, el congreso realizó una gran obra al hacer adoptar su declaracion de independencia y el pacto federal; con lo cual se constituyó en autoridad superior de la nueva potencia, hizo la guerra, negoció con otras potencias y ordenó las relaciones



John Penn John Hancock John Hart
Wm Lloyd Wm Paca
Sam Adams
Step. Hopkins The Nelsons
Charles Carroll of Carrollton Elbridge Gerry
Tho M. Kear Roger Sherman Sam^r Huntington
Wm Whipple Thomas Lynch Jun^r
Geo Taylor Josiah Bartlett Benj Franklin
Wm M. Williams Rich Stockton
Oliver Wolcott Jas Witherspoon John Morton
Tho Stone Samuel Chase Rob Treat Paine
George Wythe Matthew Thornton
Fran^s Lewis Th Jefferson Benj Harrison
Lewis Morris Abra Clark Casar Rodney
Arthur Middleton Fran Hopkinson
Geo Walton Cary Braxton James Wilson
Richard Henry Lee's Sec^y Weywande Jun^r
Benjamin Rush John Adams Rob Morris
Lyman Hall Joseph Hewes Button Guinness
Francis Lightfoot Lee
William Ellery Edward Rutledge Jas. Smith

Facsimile de las firmas de la Declaracion de Independencia